

## El prólogo a las *Selectae dissertationes mexicanae*

Roberto Heredia Correa  
*Instituto de Investigaciones Filológicas*  
*Universidad Nacional Autónoma de México*

En 1746 publicó Eguiara el primer volumen de sus *Selectae dissertationes mexicanae*. Para entonces, según confiesa en el prólogo, hacía un trienio que había iniciado la recopilación del material con que formaría su *Bibliotheca mexicana*. En consecuencia, cuando redactó dicho prólogo, ya había avanzado en el nuevo proyecto y estaba inmerso en las nuevas preocupaciones. Varias veces menciona en él la *Bibliotheca mexicana* que está preparando, y promete que ha de traer en ella más ampliamente las glorias de la universidad y de la patria y la labor de sus escritores.

Debe señalarse la insistencia de nuestro autor por marcar sus obras con el calificativo de “mexicano”. En el caso de la *Bibliotheca*, el adjetivo no se siente forzado, aunque tampoco señala cabalmente el alcance de la obra; en cuanto a las *Selectae dissertationes*, al añadirles el adjetivo *mexicanae*, Eguiara no sólo no define los temas, sino los obscurece. En efecto, se trata, como ya señalé, de una obra de estudios teológicos y teojurídicos que no hacen referencia inmediata a México ni tendrían por qué hacerla. Parece razonable pensar que el título refleja ya los afanes que lo impulsaron en la composición de la *Bibliotheca mexicana*. Añádase que nuestro autor, no contento con aplicar el gentilicio a los títulos, lo agrega intencionadamente a su propio nombre.

Como en el caso de la *Bibliotheca mexicana*, de las *Selectae dissertationes* sólo se imprimió el primer tomo; los dos restantes fueron enviados a España para su publicación y quedaron inéditos.

El prólogo que antepuso al mencionado primer volumen es una encendida loa de la universidad; el autor hace en él un apretado recuento de los maestros ilustres que en ella profesaron y de los alumnos que, formados o graduados en ella, le dieron lustre en el desempeño de cargos civiles o eclesiásticos, en cátedras de universidades americanas y europeas, en las diversas órdenes religiosas y en el cultivo de las varias disciplinas. Este prólogo, al que Eguiara se refiere como *Carta nuncupatoria*, puede considerarse formado de los siguientes incisos:

1. Porqué escogió a la universidad como patrono de su obra.
2. Universitarios distinguidos en el clero secular (obispos).
3. Universitarios distinguidos en el clero secular (canónigos y presbíteros).
4. Universitarios distinguidos en las órdenes religiosas: dominicos
5. Franciscanos.
6. Agustinos.
7. Carmelitas.
8. Mercedarios.
9. Jesuitas.
10. Otros universitarios.
11. La universidad, centro de estudio de todas las disciplinas.
12. La universidad, proveedora de ministros eclesiásticos y civiles, y de maestros.
13. La universidad, productora de escritores en todas disciplinas.
14. La universidad, huerto hermoso y fructífero de ciencias y virtudes.
15. La universidad, madre de benefactores de la patria. Algunos ejemplos: Pedro López, Buenaventura de Medina Picazo, Pedro de Otálara Carvajal, Juan de Caballero y Ocio, José de Torres y Vergara.
16. Opiniones de autores extranjeros acerca de los méritos y fecundidad de la universidad mexicana.
17. Algunos ejemplos recientes de universitarios admirables por su ingenio y doctrina: Pedro de Paz Basconcelos, Pedro de Barreda, Juan Muñoz de Molina, Francisco Naranjo.
18. La Virgen María, patrona de la universidad.
19. La universidad, patrona ideal de este libro.

EL PRÓLOGO A LAS *SELECTAE DISSERTATIONES MEXICANAE*

---

En esta larga oración Eguiara se propuso exaltar las glorias de la institución que escogió como patrono de su obra. Pero, según puede colegirse del índice somero que he transcrito, tuvo, además, dos propósitos: mostrar las altas virtudes académicas y la fecundidad del *alma mater* y de sus hijos; y comprobar esta misma exposición con testimonios autorizados y con ejemplos que el mismo Eguiara podía atestiguar. No hay mención de Martí ni de sus desafortunadas apreciaciones de la cultura novohispana. El autor evita en esta loa de la *Mexicana academia* la intrusión de cualquier referencia a los detractores del Nuevo Mundo y de los americanos; sin embargo, se siente en toda ella cierto espíritu de respuesta satisfactoria, y aun pueden rastrearse no pocas expresiones reveladoras del afán que por entonces lo trabajaba. Dice a la universidad:

[tus doctores...] aparejados por la naturaleza para todo género de estudios, de ingenio prontos, asiduos en el trabajo, provistos de las demás dotes del ánimo, no hay ciencia que no hayan cultivado e ilustrado con sus lucubraciones (p. 24).

Y cuando se refiere a quienes han cultivado la oratoria y la poesía, califica a los alumnos de la universidad como “propensos por su ingenio para las cosas más agudas y hermosas”. La variedad y riqueza de escritores que se han formado en sus aulas, le hace trasladar y suscribir una sentencia que, acuñada desde antes, fue recogida por Cervantes de Salazar en 1554, y repetida después por numerosos autores americanos y europeos:

[...] en breve habrá de suceder que la Nueva España, como hasta ahora por la abundancia de plata, así en adelante ha de ser alabada entre las demás naciones por la multitud de sabios (p. 28).

Un poco adelante acoge la misma idea en la forma que le dio el famoso jesuita alemán Enrique Scherer en su *Atlas Novus* (1737), al final de un jugoso párrafo, en el cual, con ocasión de un comentario sobre los escritores jesuitas, reflexiona sobre la cultura novohispana en los términos siguientes:

Y estas cosas me sugirió casi sólo la Bibliotheca de escritores de la Compañía, a la cual, si alguna vez se añaden las obras que fueron producidas preclaramente por otros religiosos americanos, sobre todo de las sagradas órdenes (y de cuya noticia ahora estoy privado) se manifestará bastante y de sobra que el campo americano no sólo es feraz en oro y plata, sino también en virtud eximia y en todas las ciencias (p. 29).

Incitado por estas apreciaciones que él se juzga capaz de comprobar, descubre su proyecto:

[...] cuántos escritores egregios, Academia sapientísima, hayas producido, de aquí puede conjeturarse fácilmente, porque, habiendo reunido hasta hoy en un repertorio casi dos mil autores de la América Septentrional, mientras preparo una Bibliotheca Mexicana, y aguardando de día en día reunir otros, con tal que Dios me dé ocio y haya fuerzas para tan vasta obra, al revisar las bibliotecas y archivos, y al escudriñar otros monumentos de este género, lo cual comencé desde hace un trienio, de ellos vindicarás para ti la mayor parte (pp. 23-24).

Comunicado el proyecto, se libera de abundar en los temas que habrá de tratar ampliamente en la *Bibliotheca* y puede detenerse en otros que no tocará. Pero promete a continuación:

Cosa gratísima haría para mí y agradabilísima para ti, si reseñara tanto los autores como las obras. Por lo cual, en verdad, más rápidamente esconderé un elefante bajo el ala o encerraré la *Ilíada* de Homero en una nuez, que aprisionar los grandes nombres de tantos escritores en unas breves páginas: será suficiente distinguir el león, como se dice, por la uña, y meter un dedo en la fuente (p. 24).

Así pues, esta larga dedicatoria le permitirá, al mismo tiempo que proclamar su agradecimiento a la institución que ha cumplido con él “oficios de madre y maestra” y cantar sus glorias, ensayar una respuesta al deán alicantino y una vindicación de la patria.

EL PRÓLOGO A LAS *SELECTAE DISSERTATIONES MEXICANAE*

---

Contra su voluntad, y para no traspasar los límites de una dedicatoria, Eguiara reduce los varios apartados del prólogo a la enumeración sucinta de miembros sobresalientes del clero secular y de las diversas órdenes religiosas y de personas no incluidas en estos grupos. En pocos casos añade datos que van más allá de la simple identificación. A continuación de estas nóminas dedica algunos párrafos a reseñar cómo la universidad ha sido proveedora de ministros eclesiásticos y civiles, cómo sus hijos han escrito sobre las más variadas disciplinas, desde la teología y la filosofía, hasta las ciencias y la literatura, y cómo han sido abundantes también los universitarios cuyas obras son dechado de piedad cristiana y de servicio a la patria. Apoya sus aseveraciones en testimonios irreprochables de autores extranjeros, que corrobora con algunos ejemplos recientes de virtud y ciencia que él mismo puede atestiguar.

*Conclusión*

Ponderar los frutos de la universidad es en buena medida valorar la cultura del país. Pues en este “vastísimo océano de todas las ciencias” desembocan las universales corrientes de literatos y doctrinas”. Los numerosos colegios —más de sesenta— “que prosperan y florecen tanto en México, primera ciudad de nuestra América”, y en el arzobispado, como en “las extensísimas diócesis angelopolitana, michoacanense, guadalajareense, antequerense, guadianense”, preparan para ella a sus alumnos y a ella dirigen de propósito sus cursos, con el fin de que les otorgue los grados menores y mayores, y en su “amplísimo seno” los abraza y favorezca.

Las listas de los diversos grupos de universitarios van engarzados en una cadena de elogios fervientes e hiperbólicos a la fecundidad del *alma mater*, que parió “para la república de los sabios a escritores clarísimos y eruditísimos en todo género de ciencias”, y a los hijos numerosos y conspicuos, “a quienes —añade— si intentara abrazar en palabras y calcular en números, en verdad querría trasladar el mar en una concha”. Y llama a la universidad “cielo” que brilla “con luminares y estrellas



fulgentísimas”, “amenísimo huerto cargado a la vez de flores y de frutos, “vastísimo océano de todas las ciencias”.

Entre las listas escuetas de universitarios Eguiara destaca, por vía de ejemplo, a algunos universitarios de distintas épocas que se señalaron por su virtud, demostrada en obras de beneficencia y servicio, que los hicieron beneméritos no sólo del *alma mater*, sino de la patria; por otra, a algunos hijos de la universidad, alumnos y maestros de tiempos recientes, que se distinguieron por su erudición, su memoria prodigiosa y su extrema habilidad en la controversia académica.

Del primer grupo recuerda con elogio a Pedro López, fundador de una casa para niños expósitos y de un hospital de peregrinos; a Buenaventura de Medina y Picazo, restaurador del mismo hospital y bienecor generoso de conventos, hospitales e iglesias; a Pedro de Otálora Carvajal, constructor del santuario de la Virgen de la Soledad, en Oaxaca; a Juan de Caballero y Ocio y a José de Torres Vergara, constructores de iglesias y conventos en Querétaro.

Del segundo grupo nos propone para admiración a Pedro de Paz Basconcelos, quien, privado de la vista desde la infancia, hizo estudios brillantes de latinidad, filosofía, teología y jurisprudencia; a Pedro de la Barreda, quien provocó el estupor de los asistentes por su memoria y habilidad en las oposiciones que presentó para obtener una cátedra de derecho; a Juan Muñoz de Molina, famoso igualmente por la “agudeza de ingenio y copia de erudición” de que dio cumplidas muestras en oposiciones a cátedras de teología; a Francisco Naranjo, teólogo dominico cuya erudición, memoria y discurso manifestados en ocasiones semejantes “superarían por completo toda credibilidad”.

Muchos de estos próceres académicos que Eguiara destaca de los demás, y de los autores en los cuales finca sus juicios, aparecerán poco después en los brillantes anteloquios de la *Bibliotheca*. Poco a poco nuestro criollo iba deslindando los rasgos vigorosos que imprimiría a su esforzada defensa de la cultura mexicana.

En esta empresa Eguiara no estuvo solo. Muchos acudieron a su llamado para hacer causa común en la defensa; otros intentaron por su parte, de manera individual, satisfacer a la patria ofendida; otros, en fin,

EL PRÓLOGO A LAS *SELECTAE DISSERTATIONES MEXICANAE*

---

sin conocimiento de los denuestos de Martí o, a lo menos, sin tenerlos a la vista, empeñaban sus esfuerzos en las tareas de organizar y definir los productos culturales de la Nueva España, buscando salir al encuentro de agravios y desdenes que se repetían desde muy antiguo.

Acumulando laboriosas noticias, reuniendo colaboraciones y asimilando inquietudes que agitaban los ambientes intelectuales y académicos, Eguiara conseguiría resumir un estado de conciencia de la élite criolla que se esforzaba por encontrar los rasgos de su definición.